

EL DIOS DEL ÉXITO, EN NOVEDADES

Son autores de *El dios del éxito*, obra recientemente estrenada en Novedades con gran aplauso, los libretistas Sres. Asensio Mas y González Pastor y el músico maestro Calleja. La empresa, previendo que *El dios del éxito* no podía tenerlo malo, puso la obra en escena á todo coste.

La interpretación, para que todos coadyuvaran al excelente resultado conseguido, fué inmejorable.

El teatro de Novedades ha empezado, pues, con buen pie á subir la cuesta de Enero; mejor dicho, continúa recorriendo el camino de la temporada con el mismo acierto con que la empezó y sin que se haya interrumpido un solo día la serie de sus éxitos.



La tiple Srta. Sánchez Bell, que tanto se distingue cantando los cuplés del pal-pa-lá.



Las Srtas. Sánchez Bell (C. y H.) y Latorre en el terceto de las perlas.



Los Sres. Espada, Miranda y Fernández en los cuplés de los borrachos.

Fots. R. Cifuentes.

ESTRENO DE LA MUELA DEL REY FARFÁN EN APOLO

ALELUYAS DEL REY FARFÁN

Autocrítica infantil de la zarzuela, también infantil, titulada «La muela del rey Farfán», estrenada con candor ultrainfantil en el teatro de Apolo el pasado día de Inocentes.

El rey Farfán era un rey algo fuera de la ley.

Fué su vida candorosa, pero no fué bochornosa.

Gustó á la gente menuda y enardeció á la ceñuda.

Por algunos fué juzgado con rigor no acostumbrado.

Ver en su *muela* malicia fué un *colmillo* de injusticia.

Por decente en el teatro cayó mal á más de cuatro.

Lo silbaron con ahinco más de cuatro y más de cinco.

Lo agraviaron, si queréis, más de cinco y más de seis.

Y así, hasta el número ciento, se puede seguir el cuento.

Oyó algunas chirigotas y grave rumor de botas.

Dió lugar á cien desdichas, mas no á tangos ni á *machichas*.

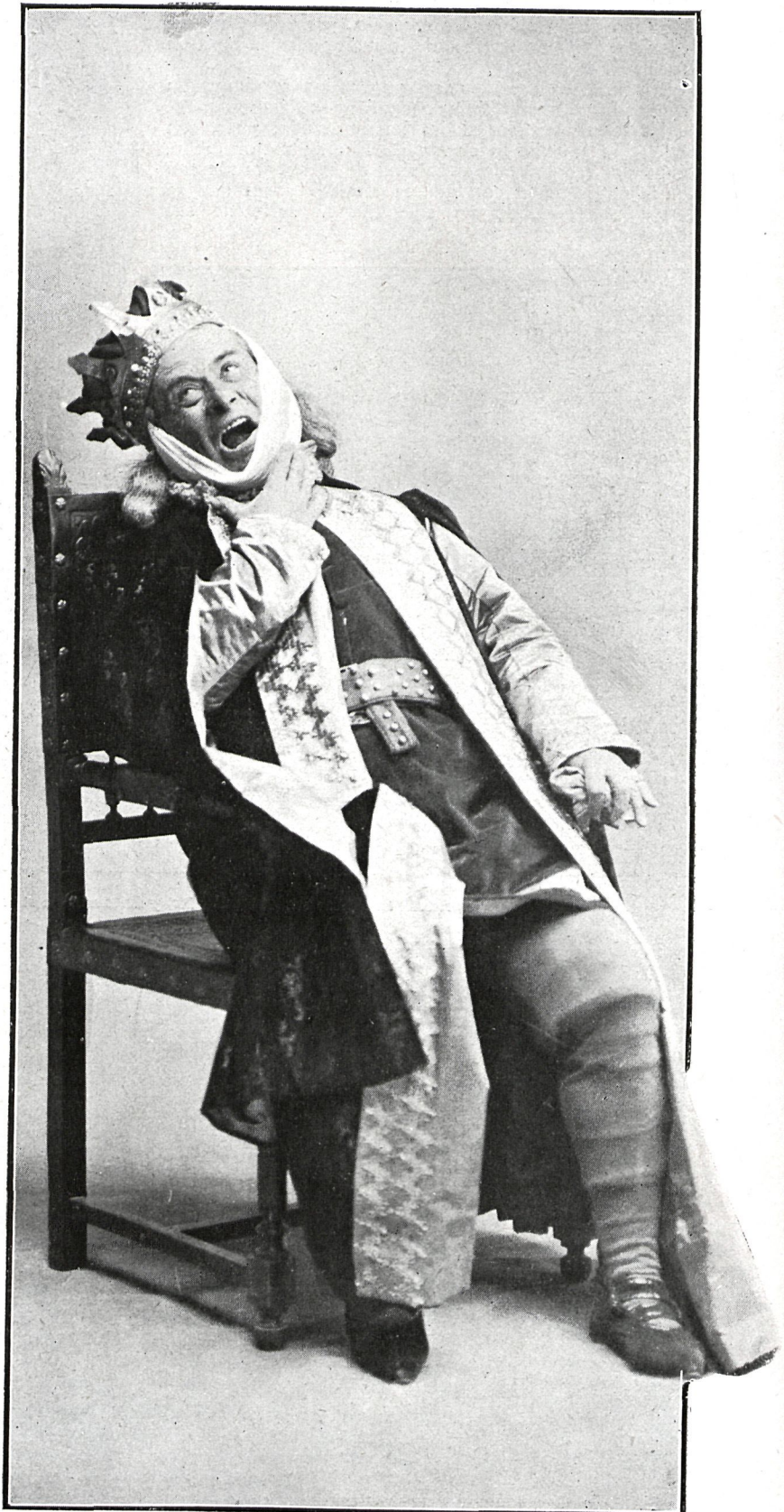
Cortó cabezas sin fin y en muchas halló serrín.

Pecó de bruto quizás. ¡Lisardo, en el mundo hay más!

Al acabar su reinado por muy pocos fué llorado.

Y gritó toda su grey: ¡Ha muerto el rey! ¡Viva el rey!

S. y J. ALVAREZ QUINTERO.



El protagonista, Sr. Moncayo.

Fot. Calvache



La princesa Suspiritos (Srta. Palou) y El rey Farián (Sr. Moncayo) en la obra, de los hermanos Quintero,
«La muela del rey Farián».

Fot. Calvache

PRAXEDES FERNANDEZ



En El perro chico.

Hay en Filipinas una artista insigne que merece ser conocida de cuantos se interesan por los asuntos teatrales, no solamente por sus extraordinarios méritos, por sus facultades asombrosas de cantante y de actriz, sino también porque merced á su trabajo y á su españolismo, de que dió muchas y muy elocuentes pruebas, subsiste allí, con nuestro teatro, el recuerdo de nuestra perdida dominación.

Es esta gran artista Práxedes Fernández, la mejor y la más popular de cuantas consagraron sus dotes á la escena en el Archipiélago. Comenzó su carrera muy joven, en una compañía española de las varias que actuaron allí hace unos veinte años. Bien pronto destacó vigorosamente su personalidad haciéndose aplaudir por el arte con que interpretaba los principales papeles de las obras que en aquel entonces constituían el repertorio obligado de las compañías españolas. Poco después y habiendo conquistado ya una popularidad incomparable, organizó ella una compañía, en la que su padre figuraba como director empresario, y como primer actor, el graciosísimo José Carvajal.

Representando con verdadera maestría cuantas zarzuelas se estrenaban en Madrid afirmó su prestigio y se hizo admirar por propios y extraños.

Casada algún tiempo después con D. Ricardo Pastor, un funcionario español residente en Manila, retiróse durante algún tiempo del teatro,



En El húsar de la guardia.

Fots. Contreras y Camargo.

su repertorio y en las que más entusiastas éxitos ha alcanzado, aunque en realidad todas las zarzuelas españolas en uno y tres actos han proporcionado ocasión á la gran artista para demostrar su talento y su exquisita delicadeza.

Al consignar sus grandes méritos como actriz no deben olvidarse los que ha contraído para nosotros sosteniendo en aquella apartada región el prestigio de nuestro arte y contribuyendo con su trabajo personal y con la fama de su nombre á cuantos actos en honor y á beneficio de España se organizaron en Filipinas, muchos de ellos debidos á la iniciativa de la popularísima artista.

Actualmente sostiene con la fuerza de su personalidad y de la admiración y el entusiasmo que por ella sienten sus compatriotas, la competencia que á su arte ofrecen los espectáculos norteamericanos, logrando por este medio que no se borre en aquellas apartadas tierras el recuerdo de España.

Si por sus méritos verdaderamente extraordinarios no mereciera que la consagráramos un recuerdo, mereceríalo y muy cariñoso por su acendrado españolismo y por su amor á nuestro arte.



En Bohemios

volviendo poco después llevada de su vocación irresistible, para continuar la serie de sus grandes triunfos.

Por las fotografías que acompañan al presente artículo, pueden observar nuestros lectores el arte con que Práxedes Fernández caracteriza los tipos de algunas de las obras españolas que constituyen



EL HEROE DEL DIA
TITTA RUFFO, EL INSUPERABLE INTÉRPRETE DE «HAMLET»

LA SOCIEDAD DE LOS OCHO



D. Ruperto Chapí.

blico español, y especialmente el madrileño, encuentra la mezcla de recitado y canto muy de su gusto y acude al teatro en que se cultiva... siempre que aciertan el músico y el libretista.

Esto último es una verdad de clavo pasado. La afición á la zarzuela grande se ha probado infinitas veces, y el género brillaría siempre en todo su esplendor si para su desarrollo no tropezara con infinitas dificultades. En primer lugar, lo de escribir un libro de zarzuela no es tarea fácil, aun para autores dramáticos dominadores de la técnica; en segundo, no se encuentra á la vuelta de cada esquina un compositor capaz de acometer y dar remate á la empresa; en tercero, no abundan los cantantes que sepan recitar siquiera regularmente, y en cuarto y último, la preparación de una obra nueva es tan costosa y larga que pocos empresarios se lanzan á sostenerla, exponiéndose á una quiebra ruidosa por el probable fracaso de la primera noche.

De aquí que transcurran largas temporadas sin el menor intento, que el repertorio se vaya gastando sin renovarle y que los esfuerzos aislados se pierdan lastimosamente.

Una de las tentativas hechas con mayores garantías de buen éxito, después de la que dió lugar á la construcción del teatro de la Zarzuela, ha sido la de Apolo en 1883, porque, por rara casualidad como se irá viendo, en el teatro de Apolo se han verificado la mayoría de los acontecimientos importantes de la época presente.

Ello fué que alguien, y siento no saber su nombre á ciencia cierta para decirlo, tuvo la idea de que no se adelantaría nada picando aquí y allá, cada uno por su cuenta, y que la mejor manera de crear definitivamente la zarzuela grande era la de reunir seis libretistas y seis músicos de entusiasmo y habilidad probados, formar la mejor compañía que se pudiera y tomar un teatro bastante amplio para defender el negocio.

Después de muchas idas y venidas, vueltas y revueltas, quedaron apalabrados los doce campeones lírico-dramáticos; pero entre que uno dice hoy que sí y mañana que no y otro dice hoy que no y mañana que sí, cuando se constituyó formalmente

Esta sociedad de los ocho debió ser de doce; empezó á funcionar siendo de nueve y acabó en los ocho nada más.

La explicación de esta especie de logogrifo numérico es muy sencilla. Tan antiguo como el axioma de que la zarzuela es un género híbrido que no prosperará jamás, es el afán de desmentirle por cuantos creen que el público

la sociedad, se arrendó el teatro y se formó la compañía quedaban únicamente como autores-empresarios, decididos á trabajar como negros y á capear los vendavales que soplaran, cinco músicos: los maestros Arrieta, Caballero, Chapí, Llanos y Marqués, y cuatro libretistas: Ramos Carrión, Zapata, Estremera y Novo y Colson.

El bagaje de todos ellos hacía concebir grandes esperanzas. Con que hubieran salido de la intención *Marina, Los sobrinos del capitán Grant, La tempestad, Tierra y El anillo de hierro* y se hubieran lanzado de un golpe al mercado nacional, estábamos al cabo de la calle. Y esos eran los propósitos de los autores indudablemente, pero no contaban con la huéspedada.

Y la huéspedada fué... la labor administrativa, que no era grano de anís ni mucho menos. Cada quisque había aportado á la sociedad 5.000 pesetas. El capital reunido no era gran cosa y podía desvanecerse en un par de meses si venían mal dadas; había, pues, que defenderse bravamente para no dar un batacazo bochornoso, y como esa de los números es una cuestión tan enrevesada y antiartística, en cálculos y combinaciones se pasaba el tiempo que era un primor y no quedaba ninguno para escribir nada.

Añádase á esto que la compañía reunida era de primer orden; todo el que brillaba poco ó mucho había sido llamado á coadyuvar á la gran obra, y allí se juntaron la Zamacois, que cobraba 50 duros por función; la Cortés de Pedral, la Soler Di Franco, la Franco de Salas, la Roca, la Nadal, ¡qué sé yo!, y Berges, Soler, Ferrer, Guerra, Constantí, Vázquez, Navarro, Subirá, Sigler... ¡Cuantas tiple, tenores, barítonos y bajos habían llamado la atención en cualquier parte y con cualquier motivo!

Si ahora una estrella de primera magnitud da que hacer al empresario bajado del cielo, ¡cálculense las chinchorrerías, molestias, dificultades y disgustos que proporcionaría semejante lluvia de estrellas á los ocho mártires de su entusiasmo, y si les dejarían un minuto libre para poner la pluma en el papel pautado y sin pautar.

Y he dicho ocho, aunque de la lista resultan nueve, porque se me había olvidado advertir una cosa. Novo y Colson, ignoro por qué causa, aunque supongo que porque su temperamento le invita á abandonar un plan cuando lo ve realizable para lanzarse á otro que le parece más



D. Miguel Ramos Carrión.

importante y vasto, se separó de la sociedad á poco de constituirse; y para que no pudiera sospechar nadie que lo hacía por temor á perder el dinero, tuvo el rasgo, que pinta su carácter, de regalar los mil duros á los pobres.

Quedaron, pues, tres libretistas y cinco músicos enfrascados en la tarea de juntarse todos los días para resolver asuntos... y salir de las reuniones con los cerebros en la peor disposición para escribir zarzuelas chicas ni grandes.

A pesar de eso, Estremera, que era el más activo de todos, escribió en las dos temporadas que duró la batalla *La cruz de fuego*, *El hermano Baltasar*, el arreglo de *San Franco de Sena*, su parte alicuota de *El guerrillero* y creo que la ópera *Guldnara*, con música de Brull, de cuya fecha de estreno no estoy seguro; Zapata hizo con Marqués *El reloj de Lucerna*; Caballero, *El hermano Baltasar*; Arrieta, el *San Franco*; Chapí, *El milagro de la Virgen*, y entre todos, *El guerrillero*, que cayó inmediatamente en el olvido, á mi parecer injustamente.

La empresa no pudo empezar con peor fortuna. Fué el primer estreno el de *La cruz de fuego*, de Estremera y Marqués, con la cual se había forjado muchas ilusiones el libretista y en cuyo fracaso ruidosísimo se recreó el público con feroz delectación, figurándose que con aquella pateadura lo hundía todo.

La muchedumbre las gasta así. Cuando adivina que se intenta algo grande, algo trascendental y de rara importancia, goza lo indecible oponiéndose con todas sus fuerzas, sin duda para dar mayor mérito al triunfo.

Parece como si quisiera decir al valiente:

—¿Quieres la gloria y la popularidad, eh? ¡Pues á pulso tienes que ganarlas!

Y á pulso fueron saliendo adelante, defendiendo como Dios les dió á entender un presupuesto de gastos enorme, que requería para cubrirse *lletos completos*, los autores que se habían asociado con tan laudables fines. Porque el público estuvo siempre *de uñas* y así lo demostró en el *San*



D. Pedro Novo y Colson.

Franco, de cuyo estreno he de hablar detenidamente más adelante; en el citado *Guerrillero*; en otra obra de Herranz, cuyo título no recuerdo ahora; en *El milagro de la Virgen*, cuya lindísima partitura estuvo á punto de hundirse, y aun en *El hermano Baltasar*, que por ser cómica del todo pudo salir á flote sin averías... para caer al foso un poco más tarde en el mismo teatro, reducida á un acto por sus mismos autores.

Y á todo esto, *La bruja* no llegaba. *La suspirada Bruja*, que años más tarde había de dar á Ducazcal en la Zarzuela muchos miles de duros, y que hubiera dado á Apolo la victoria decisiva en aquella época, se estaba acabando siempre y no se acababa nunca.

Todos los días se marchaba Ramos Carrión del teatro con la firme decisión de dar la última plumada á *que ella* misma noche; todos los días Toribio Granda aseguraba de buena fe que él había visto el final, manía que ha conservado después y mil años le dure, y... nada, ¡no salía el tercer acto! El éxito excepcional que después obtuvo nos ha hecho dar por bien empleada la tardanza, y Ramos ha sido perdonado. Pero entonces la expectación era tan grande y el interés tan hondo, que en una revista, de Lastra, Ruesga y Prieto, que se hizo en Variedades centenares de noches, varios actores personificaban á los empresarios de Apolo y cantaban con música de los corros de niños:

“Carrión,
que sin compasión
la bolsa se estruja.
¡Ten lástima de todos
y da la *Bruja!*”

Porque, ¡ay!, la bolsa se estrujaba efectivamente. Las entradas eran buenas, y algo más que buenas por término medio, pero los sueldos grandes de los artistas, los coros y la orquesta escogidos y nutridos, todos los servicios dotados con espléndidez, las decoraciones nuevas y, en una palabra, el rumbo á que está obligado el empresario artista, de que se dispensa muchas veces al empresario negociante, fundían como un crisol cuanto dinero entraba en la taquilla.

A no ser por Arrieta que, utilizando su influencia en el ministerio del ramo, logró obtener á última hora una subvención de 10.000 duros, nunca mejor empleada, los ocho héroes hubieran salido con las manos á la cabeza.

Es decir... si se tiene en cuenta que la zarzuela grande tuvo con tal motivo unos cuantos años de inusitado esplendor, que el repertorio gastado volvió á estar en juego y que se enriqueció con tres ó cuatro obras que de otro modo no se hubieran escrito, pudiera resultar que, aparte de las ventajas generales, los autores asociados cobraran en concepto de derechos más del cuádruple de las pérdidas.

Que es lo que viene á pasarle á Lleó en Eslava, y perdone que le descubra el secreto.



D. Manuel Fernández Caballero.

EL TEATRO EN LONDRES

El éxito de la temporada, á partir del 14 de Septiembre último, en His Majesty's Theatre, de Londres, es la obra titulada *False Gods*, traducción de *La foi*, de Brieux, con música de Saint Saens.

El argumento es digno del autor que lo ha concebido y desarrollado. La acción ocurre en Egipto mil trescientos años antes de Jesucristo. Satni, hijo de un alfarero, educado por los sacerdotes de Isis, que le han iniciado en sus misterios, sale de Egipto para viajar por el extranjero. Regresa el día en que se elige la muchacha virgen que ha de ser arrojada al Nilo, para tener á los dioses propicios.

La muchacha elegida es Yaouma, la prometida de Satni. Este se esfuerza por demostrarla que las crecidas del Nilo son independientes de tal sacrificio y quiere salvarla, pero Yaouma se niega, pues prefiere sacrificarse por el bien de su pueblo.

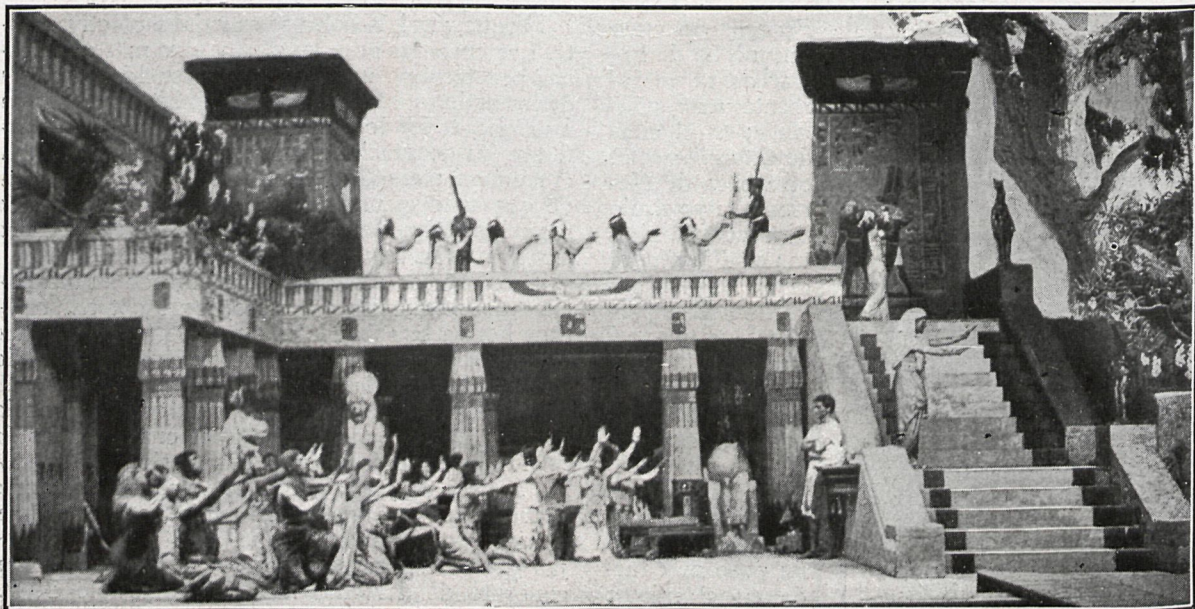
Yaouma se salva providencialmente. Una ráfaga de viento ha volcado la embarcación donde la llevaban. El pueblo cree que Satni ha obrado el milagro, y como durante su viaje ha aprendido la ciencia de curar, todos le consideran como dotado de un poder casi divino. El declara que no hay tal cosa y se aprovecha de su ascendiente para convencer á los egipcios de que no existen sus dioses.

Sus predicaciones producen un espantoso estado de anarquía.

La obra ha sido puesta en escena con un lujo de que pueden dar idea las fotografías que en esta plana reproducimos. Cada escena ofrece un cuadro delicado ó conmovedor, y el movimiento escénico está estudiado admirablemente.



Una escena del segundo acto de *Los dioses falsos*. Satni (Mr. Ainley) Yaouma (Miss D'Alroy).



Una escena del primer acto. La oración.

De «Le Theatre.»

LA ATRACCION DEL SALON MADRID



Saha Rita y la Rieuse en el ballable que han estrenado recientemente.

Fot. Alba.